



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NUM. 10199

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extra-jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 31 DE OCTUBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 21.

Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para tra siegos.—Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Pajos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wag-onetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellón, 12

BILLAR

Calle Príncipe Vergara núm. 2, bajo. Contiguo al Hotel de Roma. Se alquila este espacioso salón con sus seis mesas. En la misma calle número 6 despacho, darán razón.

Muertos y vivos.

Por todas partes el grito de: ¡Castañas, calentitas! acribilla y traspasa el oído. Las castañeras picadas es un sainete que durante estos días se representa en multitud de calles, en las que si alguna de aquellas industriales arroja el timbre de su chilóna voz pregonaando su mercancía, la más próxima á ella no le va en zaga y ántes y atipa la suya, y ambas á la postre establecen un pugilato horrible de gritos, que á veces termina en arañazos y mechones de pelo transportados de un cuero cabelludo á una mano aleva y crispada.

Las niñas casaderas—aun se preparan muchas para el matrimonio y esporan impacientes á sus donceles, encargados de acompañar á la familia á visitar los Cementerios.

—No viene Luis. ¿Cuánto tarda, Dios mío!—exclama alguna de ellas.
—No le esperes ya, hija mía—réplica la madre. Acaban de decirme que le han visto con sus primas. El infame las ofrecía castañas. ¡Ya ve! Si vuelve, le despidó.
—¡Ay! Conque ofrese castañitas á sus primas, ¿eh?...



—No te quejes, querida; consuélate. A ellas les habrá ofrecido castañitas, pero á tí te ha dado la gran castaña!

D. Juan Tenorio, aquel atrevido mozo, siempre dispuesto á medir su acero con Comendadores y Megias, vuelve á presentarse arrojado y fiero y enarabado en todos los escenarios, para aterrorizar á maridos y padres.

No se si aun se conservarán los huesos de los héroes del impero ceder deambos de Zorrilla; pero de ser así, de celebrarse en los Cementerios en la triste y luctuosa noche de primero de Noviembre alguna fiesta macabra, me figuro ver abrir sus nichos con sus descarnadas manos al gallardo D. Juan y al noble y grave Comendador. Y hasta oigo al primero, irrespetuoso siempre, dirigirse al segundo en tales términos:

—¡Eh, D. Gonzalo! Buenas noches —Buenas las tengas, D. Juan. ¿Habráis á bien darme noticias de mi Inés?
—Inés... Inés... Esperad que recuerde... Hablando vos, será monester que me hagais recuerdo de alguna antigualla.
—¡Malandrín!

—Siempre el mismo. A este no le cambia el tiempo.

Anciano, la lengua ten.
¿A ver? ¿Ciútil! ¿Recuerdas de una tal Inés?



(Ciútil, asomando la mano por entre su lápida).—Para mi santiguada, que me mentasteis el nombre de una sevillanita de quien os mostrasteis siglos ha, harto apasionado. Allá, á la derecha, hanme dicho que se halla hecha una momia, desgreñada y fea.

El Comendador.—¡Villano! Ved lo que habláis. Diéramos tentaciones de arrancaros la viperina lengua si la tuviérais.

D. Juan—interviniendo.—Vaya, no hay que reñir. ¡vive Cristo!

El Comendador.—¡Calavera!

D. Juan.—¡Jal jal! Vamos, que ahora vuesa merced es tan calavera como yo.

En los Cementerios se suceden escenas tristísimas.

Pero no hablemos de ello. Al lado de lo serio está siempre lo cómico.

Ante una tumba fría, que diría el poeta, un viudo llora á su esposa.

—¿Cómo olvidarte?—dice gemiendo.—¿Cómo olvidar á la amantísima compañera con quien largos tiempos compartí mi felicidad y mis des-



dichas? Diez años con billa... Diez años con Dolores... ¡ay!

(Un transeúnte compadecido).—Vamos cabayero, no hay que afligirse. Que le asista á usted un buen médico y toavía que curarse.

Hay muchas lápidas que no resultan propias de la mansión donde el principio de la igualdad es absoluto. En ellas, tras el nombre del finado, se leen los indios títulos nobilitarios que le pertenecieron, las cruces que adornaron su pecho y otros recuerdos de grandezas que pertenecían á la mente multitud de ideas mundanales.

No obstante, nadie para mientes en ello, mientras que algunas personas harto timoratas, al percatarse del texto contenido en otras suelen alarmarse.

En un Cementerio reposaban años ha los restos de un francés. Léase en la lápida:

†
AQUI YACE
MR. LOIS BERTRAND
NACIDO EN PICARDIA

Una jovenota leyó en esta vez aquella inscripción.

Pero su morafísima madre, herida en lo más vivo al oír el final de ella, dijo con tono severo:

—Niña, aparta la vista y vámonos de aquí, á escape. Esas cosas no se leen.

Y bajando un tantico la voz:—De Picardía... Como si lo viera, fus un tuno. ¿Qué cosas se ven hasta en los Camposantos!

Allá en una apartada galería se ve un hombre con derrotado traje, que mira receloso á su alrededor. ¿Qué hace? ¿Reza? No, seguramente. Tiene interés en que nadie se fije en él. Es un casante!



Como que está á hurtadillas chupando el aceite de una lamparilla.

¡Cielos! A qué calamitosa situación llegan algunos hombres.

Y no debe al tal disgustarle el sabor del fruto de la oliva.

Originalmente.

—No me ve nadie—murmura muy quedo.—¡Eal! Otra chupadita.

Añón. Si siquiera hubiasen echado una ardina en este aceite... Por que, vaya, que no está del todo malo... ¡Vamos, que si no supiese á difunto!

Julio Víctor Toney.
(Prohibida la reproducción.)

ERNESTO MALTRAVERS.

177

180 BIBLIOTECA DE ELECO DE CARTAGENA

CAPITULO IV

Voría mañana...! Esta mañana ha llegado, decía Ernesto entre sí al día siguiente, al dejar su cama que el dueño no había visitado. Antes de obsecar á los llamamientos de Ferrers, que le había mandado á decir que por él nunca había esperado nadie, entró su criado con un paquete que venía de Inglaterra. Habiale traído uno de los raros correos enviados á ese Nápoles; que sería un mercado muy lucrativo para el comercio inglés, si los reyes napolitanos se ocuparan un poco del comercio y los aena-

dores ingleses de la política extranjera. Las cartas de sus administradores y banqueros fueron leídas de prisa, reservando Ernesto para lo último una larga epístola de Cleveland.

Después de algunos pormenores sobre negocios, y de algunos comentarios insignificantes, contenidos en la última misiva de Ernesto, continuaba Cleveland de esta manera:

«Confieso, mi querido Ernesto, que deseo vivamente volver á verte en Inglaterra. Ya has estado bastante tiempo fuera para conocer los demás países; no permanezcas en estos, prefiriéndolos al tuyo. Y estás en Nápoles! tiemblo por tí. Conozco muy bien esa vida de delicias, de meditación; esa vida de fiesta de Italia, tan dulce para los hombres instruidos, tan favorable á los placeres. Pero, Ernesto ¿no sientes ya todo lo que enerva? ¿cuán incapaz nos pone para los ejercicios serios ese *farniente* tan dulce? Los hombres pueden volverse demasiado delicados, demasiado refinados para los fines útiles de la vida, y en ninguna parte se llega á ese resultado tan rápida y completamente como en Italia. Ernesto querido, te conozco bien; no has sido formado para convertirte en un adonador, con su gabinete de medallas, con su cabeza llena de cuadros; menos todavía para ser el obichiveo de alguna belleza italiana, cuyo corazón esté ocupado por una pasión sola y el ánimo por dos ideas; y

amante, y sé que serias fiel á la que se inmolara por tí, pero ¿esta fidelidad no condenaría tus talentos y tu energía á una absoluta nulidad? Qué calamidad para un carácter fogoso y arrogante, hallarse en guerra con la sociedad al principio la vida! Qué trabas no se pondrían á todos tus deseos, á todas tus empresas con la certeza que ejercerías en tu destino una *miser* que interesaría en tu amor, no en tu gloria!

«Más pudiera decirte, pero me llevo de que lo que te he dicho es superfluo, y si es así, te suplico me lo compruebes.

«Oyente con esto, Ernesto Maltravers; si no cumples con la tarea que la naturaleza te ha impuesto, serás un misántropo miserable; ó un insensato voluptuoso, fastidiado, estragado en la edad viril, irritado, incapaz de contento en la vejez. Mas, si quisieras seguir tu destino, necesitas empezar muy pronto tu aprendizaje: véte á trabajar; há aspirar á alguna cosa, no importa cual; trabaja; trabaja; esto es todo lo que te pido.

«Quisiera que visitaras tu antigua morada; tiene un aspecto el más venerable; el más romántico; durante los años de tu infancia te la ha dejado á tí y de haberla visitado de sus paredes. A Montaigne le agradaría habitarla!

«Adios, mi más caro Ernesto. Tu desasogado y afectuoso tutor.—Federico Cleveland.